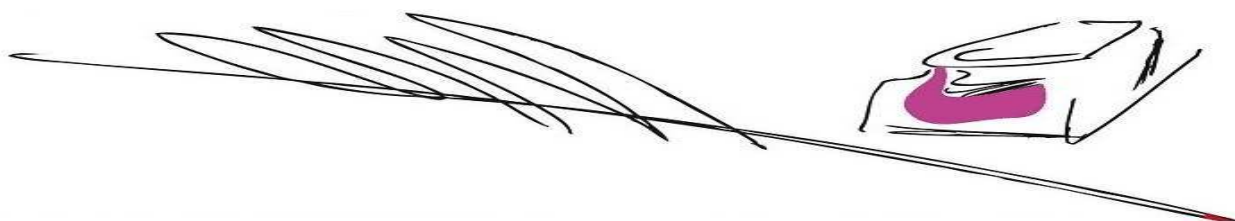
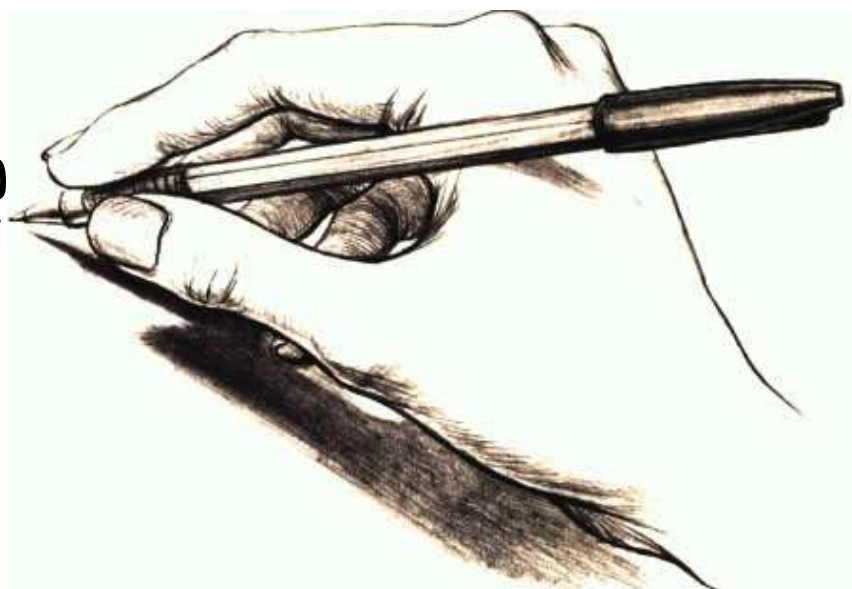




Año 2014



IV CONCURSO LITERARIO DON BOSCO
Asociación de AA.AA. de Don Bosco A Coruña

Categoría A

Primer Ciclo de Educación Secundaria

1º PREMIO

TÍTULO: ¿Qué hago yo aquí?

AUTORA: Cristina Moure Maquieira

CURSO: 1º B ESO

2º PREMIO:

TÍTULO: El nombre

AUTORA: Mariña Losada Matellanes

CURSO: 1º B ESO

Categoría B

Segundo ciclo de Educación Secundaria

1º PREMIO:

TÍTULO: Silencio

AUTORA: María Oviña Calvo

CURSO: 4º B ESO

2º PREMIO:

TÍTULO: Miedo a perderte

AUTORA: Andrea Álvarez Pardo

CURSO: 4º A ESO

Categoría C

Bachillerato

1º PREMIO:

TÍTULO: La primera vez

AUTOR: Santiago José Tutor Roca

CURSO: 2º A BACHILLERATO

2º PREMIO:

TITULO: Polvo de colores

AUTORA: Andrea Martínez Sánchez

CURSO: 2º A BACHILLERATO

“¿QUÉ HAGO YO AQUÍ?”

Nuevo instituto, nuevas reglas, nuevos profesores, pero sobre todo, nuevos compañeros. Esos cambios los iba a vivir en dos horas. Lo que más pánico me daba era que el instituto se consideraba un internado. Las habitaciones eran compartidas con gente de cualquier parte. Cambios, cambios y más cambios... En cuanto a mí, tan sólo hace falta saber que soy una chica de quince años y que me llamo Jessy. Hice la maleta, desayuné, subí al coche y me dirigí hacia mi nueva “casa”. Cuando llegué allí me dio una taquicardia; todo era perfectamente normal. El edificio era totalmente blanco, las ventanas eran rectilíneas y exactamente iguales a la misma altura. Entré en el internado y una chica con pinta de asistente dijo:

- Hola, muy buenos días Jessica. Las normas de este instituto son simples, breves y claras. Lleva uniforme, asiste a clases, no salgas del establecimiento en horarios no permitidos y no vayas al edificio masculino. Hoy será un día de descanso para colocar tus cosas y para adaptarte al internado. Espero que estés a gusto. Espero verte pronto. – Me entregó la bolsa con el material necesario y se fue.

Yo cogí el ascensor más cercano y ascendí hasta el segundo piso. Caminé hasta mi habitación correspondiente y abrí la puerta. El cuarto era amplio y simple. Había una cama y una litera, así que constaba de tres plazas. Había también tres armarios y tres escritorios. En un escritorio estaba sentada una chica con el pelo negro y largo y ojos color miel. Aunque lo que más me llamaba la atención de su aspecto, era su forma de llevar el uniforme. Llevaba solamente dos botones abrochados de la blusa y las medias rotas. En la cama sin litera estaba acostada otra chica de cabello pelirrojo, algo alborotado, ojos verdes y pecas. Ella iba impoluta, con el uniforme perfectamente colocado.

- Hola, me llamo Lauren, te toca la litera. – dijo la pelirroja.
- Hola, encantada de conoceros. Yo me llamo Jessy. – dije intentando ser amable.
- Hola. A diferencia de ti, nosotras tenemos clase. No toques mis cosas, no mires mis cosas y te irá bien conmigo. – dijo la de pelo negro. Ahora que me daba cuenta, estaba realmente delgada. – Ah, y me llamo Diana.

Justo después las dos salieron de la habitación. De repente, me volvieron a dar ataques de pánico. Sentía miles de ojos mirándome, manos tocándome, voces hablándome. Me tiré al suelo y empecé a estremecerme, puesto que era terrible lo que me pasaba en cada ataque. Poco después, me dormí en el suelo de la habitación. Cuando me desperté, todo había pasado. Me puse el uniforme y coloqué mis cosas. Más tarde,

sobre las dos, mis compañeras volvieron. Lauren, que antes parecía muy feliz, ahora estaba llorando desconsoladamente. Seguramente había suspendido, pero tan solo dijo que nadie la quería.

- Déjate de idioteces y espabila. No tienes cinco años. – dijo Diana. – Ahora, vamos al comedor. A ver qué pastilla nos toca hoy.

¿Pastilla? ¿De qué hablaba? Todo aquello sonaba algo extraño, pero no le di más vueltas. Me senté en la mesa con el número treinta y seis, con mis compañeras y nos sirvieron pollo y arroz. Lauren parecía feliz y comía rápido. Pero Diana... Diana tan solo revolvió el plato con el tenedor y de vez en cuando comía un trozo minúsculo de comida. Estaba pálida. Pero al final tomó la mitad del plato. Cuando toda mi mesa terminó de comer, nos dieron a cada una nuestra respectiva pastilla. No entendía nada. Me la tomé sin rechistar y fui a la habitación. Cuando entramos, Diana fue al baño a vomitar y Lauren se tiró en el suelo y se puso a reír.

- Lauren, ¿estás bien? – pregunté extrañada.
- Pues claro... La vida es hermosa. Es como... como una rosa frágil de porcelana. Hay que saberla cuidar. – dijo. Acto seguido, me dieron dolores de cabeza y me tiré a su lado en el suelo.
- ¿Sabes? Diana se autolesiona. – dijo como si esas palabras no tuvieran peso.
- ¿En serio? Yo a veces veo colores. Colores como un arcoíris. – dije sin ser propietaria de mis palabras. Entonces, me dio la risa tonta. Cualquiera podría decir que nos habían drogado... Pero no fue así.
- Mis compañeras de otro instituto me decían que era extraña. – dijo sonriente.
- Mi tía era asquerosa. Siempre me decía que era estúpida y que estaba loca. No se lo voy a perdonar. – dije furiosa.
- Me caes bien.
- Igualmente.

Luego cada una hizo sus tareas pendientes y luego nos fuimos Lauren y yo a dar una vuelta por el centro. Todo era extraño allí. Había gente loca, gente enferma, gente anoréxica... ¿pero qué hacía yo aquí? Decidí seguir caminando hasta que llegamos a una parte del edificio donde unos chicos estaban haciendo daño a varias chicas indefensas. Me dio un ataque de furia y en menos de cinco segundos salí corriendo hacia ellos. Lloraba de rabia y las voces masculinas se repetían en mi cabeza. Empecé a zurrarles con rabia, con odio y con asco. Con mucho asco. Después de recibir y de dar varios golpes que nos hicieron acabar sangrando, unos hombres con bata blanca nos llevaron a habitaciones diferentes. A mí me encerraron en una habitación blanca y me

ataron a una cama. Las voces no cesaban en mi cabeza así que lloraba y gritaba de rabia y dolor. Empecé a sudar y a sacudirme como mi cuerpo me permitía. Después de varias horas me quedé dormida, y cuando me desperté, Lauren estaba a mi lado sosteniéndome la mano. Diana estaba con los brazos cruzados en una esquina de la habitación.

- Por fin despiertas. Estaba preocupada. – dijo Lauren a piques de llorar.
- Pensé que iba a estar aquí más horas. Menos mal. – dijo Diana.
- ¿Qué ha pasado? Solo recuerdo un ataque de pánico y pasarlo mal aquí atada. – dije intentando recordar lo ocurrido.
- Jessy... Estás enferma. Tienes delirios, alucinaciones, eres violenta, guardas rencor, no tienes motivación... Tienes esquizofrenia. – dijo Lauren. Yo me eché a llorar.
- Pero tu esquizofrenia... Fue causada por un trauma. – dijo Diana. – ¿No recuerdas nada? – negué con la cabeza. – Pues... Cuando tenías doce años, un señor te... te... te violó... Y desde entonces sufres alucinaciones, oyes voces masculinas y sientes que te tocan... Te ha dejado marca. – De repente me acordé de todo; de ese día, de mis alucinaciones... De todo.
- Pero es curable. Con tal de ir al psicólogo del centro y asistir a clases lo lograrás. También con algunas pastillas y con nuestro apoyo. – dijo Lauren recalcando la palabra “nuestro”.
- Gracias chicas.

Ese día mi vida cambió. Seguía recibiendo clases en ese centro, tomaba pastillas e iba al psicólogo... Pero tenía dos amigas de verdad. Diana era en el fondo muy buena amiga, pero su anorexia le producía mal carácter. Aprendí a quererla como era. Y Lauren era un pedazo de pan. Tan solo que la bipolaridad le hacía pasar del lloro a la alegría en un minuto. En el fondo, mi enfermedad me ayudó en algo; Me enseñó que todos los problemas se solucionan con esfuerzo y dedicación, y que por mucho que haya una cuesta arriba en tu camino, la siguiente será cuesta abajo. Y la más importante de todas: La vida es un espejo; sonríele y te sonreirá.

“EL NOMBRE”

M desperté hacia las 7:00. Oía los ruidos que producía mi madre al cocinar. Aún me quedaban 15 minutos, pero no tenía sueño. Me tomé mi tiempo para levantarme. Me estiré y me puse unos vaqueros y una camisa holgada. Salí de mi cuarto lentamente. Mi madre salía de la cocina, y al verme, dijo:
-¿Qué haces levantada?-consultó su reloj.- Te quedan 10 minutos.

Así era mi madre. Simple y directa. Yo le dediqué una sonrisa traviesa y dije:

-Hacías tanto ruido en la cocina que pensé que había un terremoto.

Mi madre se echó a reír. Yo reí con ella. Entonces recordé. Hoy empezaba en un colegio nuevo. Uff... Tema complicado. Gente nueva, profes nuevos... Por suerte, tenía la música. Sí, yo quería a la música. No podía vivir sin ella. Podría pasar el día con mi música. Pero eso no fue necesario.

Nada más llegar al colegio se me acercó una chica de pelo marrón y unos enormes ojos del mismo color. Me sonrió.

-Hola, soy Victoria, la delegada. Tú eres la nueva, ¿no?-dijo con voz dulce.

No pude evitar sonreír.

-Sí, soy la nueva.-respondí.

Victoria me miró y dijo:

-¿Y cómo te llamas?

Buff... Ése era el tema. Me quedé pensativa.

-Verás... es que...- las palabras no me salían.

Victoria me miró, más intrigada aún.

-¿Y bien?-preguntó.

Suspiré.

-No lo sé.

Victoria se sorprendió:

-¿Cómo?

-Que no sé mi nombre.-repuse con calma.

-¿Y tu D.N.I.?

-No lo he visto nunca.

-¿Cómo te llama tu madre?

-Hija.

-¿Y tu padre?

-Niña.

Victoria se quedó extrañada.

-Mi hermano me llama Pequeña.-informé.

-Ah.-ella no recuperaba el habla.

Aquel día conocí a cuatro personas bastante bien: Carla, Lola, Laura e Inés. Además de Victoria, claro. Ahora, ella era mi sombra. Estaba muy intrigada con el tema de mi nombre.

Al llegar a casa, grité:

-¡Mamaaaaaaaaa! ¡Dime cómo me llamo!

Mi madre apareció por la puerta y dijo:

-No te lo puedo decir, ya lo sabes. Es una costumbre familiar.

Yo resoplé. Maldita costumbre.

-¿Y cómo lo puedo saber?-pregunté.

Mi madre respondió lo mismo de siempre.

-¿Qué tal en el cole?

Suspiré.

-Muy bien, mamá.

Después de hacer los deberes, me puse a pensar en las palabras de mi madre. Cada vez que preguntaba me decía lo mismo. Me preguntaba por el cole. ¡El cole! ¡En los archivos del cole debía estar mi nombre! Me dormí pensando un plan.

Al día siguiente fui yo la que corrió a encontrarme con Victoria.

-¡Viic!-grité.- ¡Ya sé cómo averiguar mi nombre!

Vic se me acercó a una gran velocidad.

-Cuéntame.-dijo.

-Verás: en el cole seguro que tienen mi nombre en sus archivos, así que o bien hablamos con el director o bien nos colamos en la sala de archivos.

Vic se quedó pensativa.

-Si vamos a hablar con el director es casi seguro que no nos lo diga. Tu madre le habrá advertido.-explicó.-Tenemos media hora para colarnos en los archivos. ¡Vamos, corre!

Corrimos hacia el edificio de la secretaría. No había nadie. Fuimos a buscar en los archivos.

-Sabrás como te apellidas, ¿no?-preguntó ella.

-Claro. Pérez Vigo.- dije.

-Veamos... Pérez Varela, Pérez Vázquez... ¡Aquí está! ¡Pérez Vigo!-Vic casi gritaba.

-Shshshshs...-le dije.- Te recuerdo que no deberíamos estar aquí.

-Vale. Te llamas...

-Espera. Déjameo ver a mí.-cogí el papel.- Me llamo Eva Pérez Vigo. ¡Me llamo Eva!

-Sí, sí. Calla, te van a oír.-dijo, pero estaba tan emocionada como yo.-Eva... me gusta ese nombre. Si alguna vez tengo una hija la llamaré así.

Salimos del edificio. Fuera nos abrazamos y empezamos a dar saltitos como niñas pequeñas. Me daba igual. Sabía mi nombre.

“SILENCIO”

Se oía el silencio. Se veía el silencio. Se podía oler, tocar y saborear. Era un silencio que solo se podía conseguir durante la primera hora de clase y en muy raras ocasiones; sólo cuando todos, alumnos y profesor, estábamos lo bastante agotados como para no hacer ningún tipo de ruido. Para mí era la mejor sensación del mundo.

Sabía que no se alargaría mucho más. En cualquier momento alguien saldría de su ensimismamiento - yo dudaba sinceramente que fuera el profesor por el hecho de que parecía estar más dormido que todos nosotros juntos - y alertaría a la clase de que el día había comenzado y que había que arrancar antes de que nos sacara mucha ventaja. Empezaríamos a dar la materia que se supone que hay que dar y el silencio se apagaría a causa de las mochilas abriéndose, las hojas pasando, los bolis escribiendo...

Poco a poco un ligero murmullo empezó a apoderarse de la clase, apagando paulatinamente el silencio al que tanto aprecio tenía. A medida que más conversaciones comenzaban, más desaparecía el silencio, y en ese momento se me pasó por la cabeza una frase de un libro de Stephen Chbosky: *"Quiero que sepas que estoy al mismo tiempo contento y triste y que todavía intento descubrir cómo eso es posible."*

Esa era la única forma de describir mis sentimientos y no era porque ya no hubiese silencio y el profesor ya hubiera empezado la clase. Era porque a veces necesito sentirme triste, aunque no haya ningún motivo aparente, aunque sea el momento más feliz de mi vida. Necesito sentirme triste, ese tipo de tristeza tan visible para los de tu alrededor por el hecho de que no hablas y, cuando lo haces, lo haces sin ganas, sin vida. El tipo de tristeza que te hace encontrar a la gente insoportable. El tipo de tristeza que consigue que no puedas sonreír, que aprovecha cualquier estímulo agradable que venga del exterior para instalarlo en tu interior y hacer que no salgas de tus pensamientos durante un buen rato. Una música lenta sonando constantemente en tu cabeza, dándote ganas de empezar a bailar, dando vueltas sobre ti mismo, sin importar que piensen los demás. Creo que más que tristeza es melancolía; pero, honestamente, no lo sé.

Una chica hizo un comentario a su amiga diciendo que no entiende como alguien puede sentir la necesidad de estar solo. No lo dijo con esas palabras, pero consiguió que me distrajesse más, si es que eso era posible. En mi mente surgía una pregunta: ¿cómo era posible que alguien de una cierta edad nunca hubiese sentido la necesidad de estar solo? Eso sí que era incomprensible para mí.

Miré en la dirección de la voz que había oído, observé atentamente a la chica que había pronunciado esas palabras, todo cobró sentido ante mis ojos. La conocía desde hace poco, pero sabía que era el tipo de chica que es todo apariencia, que lo que puedan pensar los demás de ella era mucho más importante que pasar un buen rato, que no había leído un libro salvo los obligatorios de clase porque "ya vería la película". Esas chicas, esa gente no me gusta, no me gusta nada. Puedo llevarme bien con ella, puedo ser amable y hacer bromas; pero no podría ser su amiga. Es superior a mí. Igual que la gente que se queja por absolutamente todo o la que quiere ser el centro del universo siempre. La que se pasa demasiado con las bromas o la que tiene esa risa tan falsa. La que no se entera de nada o la que lo cree saber todo.

Sí, definitivamente hoy siento ese tipo de tristeza-melancolía de la que os hablaba antes, porque no soporto a nadie. Me apetece ponerme a bailar la música lenta que suena en mi cabeza. Y me siento feliz porque dentro de poco es Navidad, una de mis épocas preferidas del año por las luces, los regalos, la gente, la comida... Pero me siento triste porque dentro de poco volverán las clases, los exámenes, los agobios..., porque realmente no tengo nada interesante que contar, porque mi vida aunque es feliz, carece de emoción y eso me entristece. Los libros me han hecho creer que la vida es más intensa, pero la mía no lo es. No sé si es porque aun no me ha llegado el momento de vivir una etapa interesante o porque realmente nunca llegará. Tampoco sé si eso me importa mucho.

Algo me sacó de mis pensamientos, me pareció oír mi nombre. ¿Alguien lo había dicho o era alguna otra ilusión de mi mente? Me centré de nuevo en la clase, en mis compañeros, en el profesor; todos me miraban, debían haber dicho mi nombre.

- ¿Qué? - dije, completamente desubicada.
- ¿Podrías continuar la lectura?
- Lo... Lo siento. No sé dónde vamos.

Aún no había salido completamente de mi interior cuando el profesor mandó a otro leer, no sin antes reprocharme con una simple mirada mi falta de atención. Me sentí avergonzada al darme cuenta de que ni siquiera había sacado el libro.

Mi mejor amiga se giró y señaló en mi libro donde íbamos.

- Oye, ¿te pasa algo? - me preguntó con un gesto de preocupación en su cara.
- No, solo estoy un poco cansada.

Pero realmente mi cabeza se preguntaba lo mismo que la chica que se acaba de girar para seguir atendiendo a lo que el profesor explicaba: ¿qué me pasaba?

“MIEDO A PERDERTE”

Era una mañana triste, desagradable y fría como todas desde que había perdido a mis padres y tenía que cuidar de mi hermana menor de tan solo 7 años. El viento soplabla con más fuerza que nunca, como si de un remolino o tornado se tratase. Las hojas caían velozmente desde los grandes árboles del camino; en medio de la carretera y cerca del bosque,

íbamos de camino a una casa de acogida con muchos otros niños y niñas que desgraciadamente corrieron la misma suerte que mi hermana y yo.

Hacía muy poco tiempo de la partida de mis padres. En mi mirada, y sobre todo en la de mi hermana, se expresaba un rostro demacrado, con los ojos perdidos en un punto fijo, sin signo de querer buscar nada.

Yo creía que lo mejor hubiera sido emanciparme y, de esa forma, poder cuidar de Carla pero nuestro nuevo tutor legal no lo permitió porque así lo exigía el testamento de nuestros padres, o simplemente sabía que yo no estaba aún preparado para hacerme cargo.

Para mi parecer todo estaba oscuro; yo no sabía como controlar la situación, por lo que decidí decirle a la única persona que me quedaba en este mundo que papá y mamá se habían ido de viaje, a dar la vuelta al mundo, porque les gustaba mucho viajar y sobre todo volar en avión. Por este motivo, también le dije a mi hermana que casi siempre estaban en el cielo. Creo que, por eso, mi hermana siempre tenía la mirada triste y perdida, porque, yo sé que aunque ella no conocía la verdad de todo esto, estaba sufriendo por la ausencia de nuestros progenitores. En realidad, aunque no pudiese controlar nada, iba de vanidoso y prepotente porque después de todas aquellas noches sin poder dormir apenas a causa de las constantes pesadillas (mi cabeza estaba llena de recuerdos, y cada una de las veladas cavilaba y desarrollaba un final feliz para cada uno de los momentos maravillosos que habíamos compartido con nuestros padres). Además, me decía a mi mismo: “No puede pasarme nada peor que esto, el dolor que tengo es imposible que sea mayor, tengo que ser duro ya que así me irá mejor”. Así fue...

Llegamos a la casa de acogida donde muchos otros niños desde los 6 años hasta los 18 se encontraban allí. Al principio reconozco que me porté mal con todo el mundo del hoga, que simplemente me intentaba ayudar y motivarme para que siguiera adelante. Me había convertido en una persona distante y calculadora, lo único que me quedaba bueno era mi hermana, pero era demasiado sobreprotector con ella. Las personas que

me rodeaban se daban cuenta de todo el sufrimiento acumulado que tenía, y después de haber intentado por todos los medios posibles hacer cambiar mi pésimo comportamiento y mi perspectiva de ver las cosas, como última opción para salvar mi estancia en el hogar en compañía de la pequeña Carla, decidieron realizar una intervención creativa totalmente atípica.

Consistía en hacerme ver que aún hay una cosa más que puedo perder, a la que tengo que aferrarme ya que siempre será incondicional en mi vida y que me guiará y conseguirá que siga adelante. Ese elemento era el poder del amor hacia mi princesita menor y la voluntad para remediar la situación.

Me convencieron de que podía perderla, que unos desconocidos la podían adoptar y cuidarla y que seguramente ella acabaría acostumbrándose a la situación y que su vida prosperaría sin mí. De hecho, a mi canija le hicieron una entrevista de adopción. Me hicieron creer que todo había salido genial, que se la querían llevar y que le iban a dar ese amor incondicional que da un padre a un hijo, pero todos sabíamos que nadie la iba a querer tanto como yo. Aún así, como mi amor era malo, obsesivo y posesivo, me quisieron destituir de su cuidado. Yo no podía soportar ni la idea de simplemente pensar en aquel hecho; esa posibilidad recorría mi espalda consiguiendo un fuerte temblor y escalofrío en mis sienes, y mi cerebro no estaba dispuesto a asimilar la idea.

Lo reconozco, tuve miedo, mucho miedo; miedo no, temor, era un espantoso miedo a perderte mi querida pequeña Carla y, sencillamente, cambié de golpe mi actitud; crecí, aprendí a valorar todo lo que tenía, que eras tú, y fui ese padre y madre a la vez que ambos habíamos perdido.

Mi miedo a perderte fue superior a mis fuerzas, mayor a mi resentimiento y pesimismo frente a la vida, que venció a todo con amor y voluntad.

Estos dos elementos tan característicos de una realidad se convirtieron en un arma indestructible e invencible.

Simplemente tomé tu mano para aferrarme.

“LA PRIMERA VEZ”

La primera vez, seguro, estoy seguro de que es la primera vez que todos mis seres queridos están juntos en una misma habitación junto con mi tutora. ¡Qué sensación tan rara!

Ahí está mi tutora, justo delante de mí. Sigue enfadada, lo sé porque no quiere hablarme, ni siquiera me mira. Lo curioso es que su rostro más que reflejar enfado, pareciese mostrar pena, antes me miró y los ojos se le llenaron de lágrimas. Pobre, la discusión de antes, lo que le dije, le he lastimado. Pero si me quisiera escuchar le pediría perdón, le reconocería que dije cosas que no sentía... y sobre todo, le diría que cuando antes di aquel portazo y me marché de clase, yo sentí que el corazón se me partía. Pues nada, que no me quiere escuchar, ahí está, sentada junto a mi padre. Y él está de su lado, porque tampoco me habla. La tiene agarrada por los hombros y charlan, charlan mucho, pero no debe ser nada divertido porque no se ríen ni a la de tres.

Mi padre, qué hombre tan asombroso. Hasta mis cinco años fue prácticamente un padre ausente, pero desde aquella fatídica mañana en que me fue a buscar al aula de primero de precolar todo cambió. Todavía le recuerdo, entrando en el aula con la directora, buscándome con la mirada mientras esta le susurraba algo a la maestra; acercándose a mi pupitre a la vez que la profe se tapaba el rostro con las manos para ocultar el llanto. “Recoge tus cosas. Tenemos que irnos. A mamá se le ha roto el corazón”. Desde aquellas palabras todo fue distinto, perdí a mi madre, pero encontré a mi padre y a mi tía. Desde ese día él me criaba y ella me mimaba, él me castigaba y ella me llevaba chuches a escondidas, él me enseñó a ser un buen chico y ella a saber reflejarlo.

Ella también está seria, se ve que papá y mi tutora le han contado lo de antes y se ha enfadado, pero seguro que será la primera en perdonarme y venir a hablarme. Ella es la mejor, sus mimos y atenciones son los mejores, sobre todo desde lo de la enfermedad. Cuando los médicos me detectaron el soplo al corazón, papá se hizo el fuerte, pero ella... Desde ese momento no permite que me altere, nunca puedo excederme nada si ella está presente, y si ve que papá y yo vamos a reñir ya ella se encarga de parar la bronca antes de que comience. Nunca olvidaré las palabras que le dijo a papá mientras pensaba que yo no les escuchaba: -¿Qué quieres que se vaya antes de tiempo, como ella? Sabes perfectamente que no puede alterarse, un disgusto, una pelea, un esfuerzo mayor del debido y su frágil corazón...

Allí está, en el asiento de la derecha, charlando con mi mejor amigo. Míralo a él, todo compungido, ¡no seas falso colega!, anda que no le has dicho tú a las profes cosas peores (eso sí, a sus espaldas). Tú sí que te lo has sabido montar desde niño. En la guardería eras el preferido de los profesores y en el cole te pones a estudiar un par de horas antes de los exámenes y mientras yo saco notables y aprobados, tú coleccionas sobres.

Por fin entra más gente, ahora tendré con quien hablar, ¡anda, el director y la jefa de estudios, y casi todos los profes! ¡Madre santa! Se abrazan a papá y a la tutora, ¡pero jolín que no fue para tanto! Vale, sí, le contesté y salí de clase dando un portazo, pero me arrepentí al segundo, si supierais cuánto me dolió el corazón nada más escuchar el portazo y comprender la tontería que había hecho... Pero qué pasa, por qué todos me miran pero no me hablan. Ahora entre Don Mateo y viene con sotana, esto sí que es raro, solo le veo de sotana en misa. Don Mateo, por favor, deje de rezar mientras me mira y hábleme.

La verdad es que ya me estoy cansando, o me hacéis caso o me voy. Vaya, qué me ocurre que no me puedo levantar, qué extraño no siento las piernas, bien pensado no siento nada... además hay muchas flores a mi alrededor pero no las huelo, es todo tan raro.

¿Y esta oscuridad? ¿Dónde estáis, adonde os habéis ido todos? ¡Ah, por fin luz, pero qué luz más brillante!

-¿¡Mamá..., pero cómo es posible!? ¿qué haces aquí, dónde están todos, dónde estamos nosotros? ¡Qué joven estás, estás igual que te recordaba, igual que el día que se te rompió el corazón!

“POLVO DE COLORES”

Aitor es un niño extraño. Desde que llegó al colegio hace dos años ha conseguido desesperar a todo el mundo, y esta exasperación no se debe a que no estudie, no haga las tareas o se porte mal, no; se debe a su manía por recoger los polvos de tiza que quedan en la bandeja donde se apoyan los borradores. Todos los días, cuando suena la sirena que anuncia el final de las clases, los alumnos recogemos nuestras pertenencias y salimos apresuradamente del aula. Aitor no, con absoluta parsimonia saca de su bolsillo una pequeña bolsa de plástico, de esas que se utilizan para guardar los bocadillos, y con suma cautela, guarda en ella los polvos de tiza de la repisa del encerado.

Al principio nadie se daba cuenta, pero pasados tres meses, la maestra reparó en este comportamiento y trató de convencerlo para que cesara en su tarea advirtiéndole de que era poco higiénica. Aitor no obedeció, continuó recogiendo los polvillos cada día sin excepción.

Tras varias llamadas de atención que no dieron resultado, la profesora habló con la madre de Aitor para informarle acerca de la rareza de su hijo. Por lo que oí, la madre conversó con él y procuró que abandonara este hábito, sin embargo, este intento también fracasó.

La siguiente persona que pasó a formar parte del extraño caso de Aitor fue la psicóloga del colegio. El niño la visitaba cada semana durante una hora, desconozco el contenido de sus conversaciones, pero lo que sí sé, es que tampoco funcionaron, ya que Aitor seguía recogiendo los polvos de tiza día tras día.

Como las charlas con él no causaron el efecto deseado, tanto su madre, como la profesora, como la psicóloga, decidieron que no había más opción que prohibirle a Aitor su incomprensible faena.

La profesora, hacía salir a Aitor del aula sin permitirle apoderarse de su tan preciado polvo de tiza, sin embargo, yo lo veía entrar en otras clases y salir de ellas con su pequeña bolsa de plástico llena.

La actividad desempeñada por mi compañero despertó mi curiosidad, yo no pensaba que Aitor lo hiciera con un trasfondo de maldad, con el fin de retar a sus profesores y padres, ¿era raro? ¡sí!, pero no se trataba de un acto de rebeldía, yo creía firmemente que tenía alguna razón, así que hice lo que nadie hasta entonces, ayudarlo, pero ayudarlo a recogerlo.

Aitor me daba las gracias pero nuestra amistad no fue más allá, la curiosidad se iba acrecentando en mi interior y no lograba sonsacarle una palabra sobre el uso que le daba al polvo que agrupábamos, así que decidí averiguarlo por mi mismo, siguiéndole.

Todos los días salía de clase con su bolsa de plástico en la mochila y caminaba hacia su casa sin entablar conversación con nadie, una vez adentrado en su edificio, yo ya no sabía qué sucedía entonces, y me marchaba a mi casa desilusionado. La única conclusión que había logrado sacar era que Aitor era un chico solitario, lo cual, todo el mundo sabía.

Un día, Aitor se quedó dos segundos parado delante de su portal sin entrar, se volvió y me indicó con un gesto que le acompañara adentro. Tardé un momento en reaccionar, mi cara reflejaba un asombro absoluto, hasta entonces, yo pensaba que Aitor desconocía totalmente mis intenciones. Un sentimiento de profunda vergüenza invadió mi cuerpo, pero la curiosidad pudo conmigo y me introduje tras él, en su domicilio.

Para caras de incredulidad la de su madre, al parecer no estaba acostumbrada a ver a otros niños con su hijo y mucho menos en su casa. Aitor la saludó con un fugaz beso en la mejilla y no esperó a que ella reaccionara para coger una enorme bolsa en su habitación y salir de nuevo a la calle. Yo le escoltaba expectante en todo momento.

Subimos una cuesta gigantesca, tras atravesar varias manzanas salimos del centro de la ciudad, yo miraba para Aitor vacilante, pero él parecía saber hacia dónde nos encaminábamos. Cruzamos un pequeño páramo y al final de este, divisé unas barracas, mal dispuestas en un terreno cochambroso, en la vida había pisado un suburbio como aquel.

Unas cuantas criaturas desaseadas y mal vestidas se acercaron a nosotros gritando el nombre de mi compañero, la sonrisa de mi amigo despertó en mi la sensación de seguridad que me faltaba hasta entonces, nunca antes le había visto reír.

Continuamos caminando rodeados del grupo de críos hasta que llegamos a una especie de lavadero, donde algunas mujeres canturreaban mientras hacían la colada. Tres niños trajeron tinajas con un poco de agua donde vertían el polvo de tiza de distintos colores que Aitor les proporcionaba. De seguido, valiéndose única y exclusivamente de sus manos como útiles de trabajo, Aitor dibujó en la pared enladrillada de un mugriento galpón que servía de escuela. Aquello era una verdadera obra de arte y Aitor un artista sensacional.

Yo estaba emocionado, no podía desclavar mi mirada de la pintura. Por los comentarios de las mujeres descubrí que Aitor procedía de aquel lugar y que a pesar de que su situación económica había mejorado, no se olvidaba de aquellos que habían sido durante muchos años sus vecinos.

Me fijé entonces en las caras de los pequeños, ocupados en mezclar colores para que aquel oculto artista al que en la ciudad habíamos catalogado de extraño; pudiera seguir dibujando, estaban muy felices y contemplaban a Aitor con admiración, estaba claro que le idolatraban. La concepción de chico retraído e insociable que tenía de mi compañero desapareció por completo, no paraba de coger niños en brazos y acariciarles las sucias cabelleras, un gesto que demostraba el profundo cariño que sentía por ellos.

Me sacó de mi ensimismamiento la voz clara, profunda y segura de Aitor al decirme:

- Amigo, solo es raro lo desconocido; ven y ayuda.